

bierno de la Isla Española, sentencia que ha sido aceptada como firme y valedera por la mayor parte de los historiadores de los tiempos modernos; y aumentando con la distancia las proporciones del error y del mal, porque las sombras crecen á medida que el sol se aproxima al fin de su carrera, ha llegado día en que un escritor, que se precia de ferviente católico, se ha permitido calificar de *infame* al comendador de Calatrava, que en nombre y representación de España y de sus católicos reyes doña Isabel y Don Fernando, procesó á quien estaba acusado de cruel é injusto gobernante, de malversador de los caudales públicos, y hasta de que fraguaba planes de rebelión contra sus reyes y su patria adoptiva.

¿Eran fundados tan graves cargos? Vi-dart recorre la historia y declara *que sí*. Con la autoridad de dos historiadores contemporáneos de Colón, y no publicados hasta pocos años hace, el Padre Las Casas y el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, demuestra que harta razón

asistía á los Reyes Católicos para delegar, con amplias facultades, al pesquisador Francisco de Bobadilla. — En primer lugar, ese Bobadilla pintado con tan feos colores, era, al decir de Oviedo, “hombre muy honesto y religioso;” y según Las Casas, “nada se hablaba de él deshonesto, ni que supiese á cudicia.” Lejos de alzarse atropelladamente con el mando de la Isla, como afirmaron los Colonos, no lo hizo hasta ver que era conveniente, y obedeciendo á orden expresa de los Reyes Católicos. Tanto era conveniente, que cuando llegaron á la Española las carabelas de Bobadilla, en una semana “se habían ahorcado siete hombres,” caballeros españoles, cuyos cuerpos aún se columpiaban, y en la fortaleza había otros cinco “para los ahorcar,” y abierta información sobre la conducta del Almirante, apareció acusado “de malos y crueles tratamientos que había hecho á los cristianos en la Isabela, cuando allí pobló, haciendo por fuerza trabajar á los hombres sin dalles de comer, enfermos y fla-

cos, en hacer la fortaleza y casa suya y molinos y aceña y otros edificios, y en la fortaleza de la Vega, que fué la de la Concepcion, y en otras partes, por lo cual murió mucha gente de hambre y flaqueza y enfermedades, de no darle los bastimentos según las necesidades que cada uno padecía; que mandaba azotar y afrentar muchos hombres por cosas livianas, como porque hurtaban un celemin de trigo muriendo de hambre, ó porque se iban á buscar de comer adonde andaban algunas capitánias de cristianos, habiéndole pedido licencia para ello y él negándola y no pudiendo sufrir la hambre, que los mandaba ahorcar; que fueron muchos los que ahorcó por esto, y por otras causas, injustamente. Que no consentia que se baptizasen los indios, que querian los clérigos y frailes baptizar, porque queria más esclavos que cristianos.... He reproducido el párrafo íntegro, á fin de que se vea lo peligroso de ciertas idealizaciones... ¡El bienaventurado á quien los neocatólicos franceses andaban en canonizar,

prefiriendo esclavos á cristianos, y acallando el hambre con la soga!

Se comprende que la magnánima Isabel y su consorte, á quienes de cierto habían llegado noticias del proceder de Colón, invistiesen á Bobadilla de tan omnímodas facultades para "prender los cuerpos y secrestar los bienes," del mismo Almirante, si era preciso.—Y preciso fué, porque Colón, mientras Bobadilla no se presentó más que en concepto de pesquisador real, negóse á someterse á su autoridad, alegando que él la poseía más firme y fuerte: y aun después de exhibir Bobadilla su nombramiento de Gobernador, no parece que Colón dejaría de resistirse si hubiese contado con la adhesión de los españoles; mas no contaba; le aborrecían por su rigor y amor al lucro... Llamábanle los Franciscanos *rey Faraón*... ¡Cómo llamar, en efecto, á quien por ilusorios delitos ordenaba *cortar la lengua*; á quien arrojaba los prisioneros á los pozos; á quien, de trescientos españoles que tenía á su car-

go, no mandó ahorcar menos de cincuenta!

Ni eran sólo razones de humanidad las que pudieron mover á los Reyes Católicos á tan grave medida como la que tomaron con Colón. De las mismas historias se desprende que había otras, políticas, más trascendentales y de mayor peso para el porvenir de España. El ávido genovés iba transformándose en rebelde.—Obró, pues, Bobadilla, el llamado "infame," por Roselly de Lorgues, según cumplía á su deber de vasallo y español, y ya encargado del gobierno de la Isla, "la tuvo en mucha paz é justicia fasta el año de mil é quinientos é dos." "Es preciso—exclama el conferenciante—decirlo muy alto y muy claro: el oprobio con que se pretende manchar la memoria del comendador Francisco de Bobadilla, desvirtúa y ennegrece toda la gloria que alcanzó España en el descubrimiento del Nuevo Mundo." "Si la prisión del Almirante fué un atentado inaudito, una maldad sin ejemplo, como hoy propalan el conde de

Roselly y otros historiadores, sin duda que podría decirse con verdad *el infame Bobadilla*; pero á nuestra patria, que consintió, que dejó sin castigo, que aún hizo más, que aprobó aquel atentado inaudito, aquella maldad sin ejemplo, ¿qué oprobioso nombre le daría el augusto tribunal de la conciencia y de la historia? No quiero consentir, no puedo consentir que á la gloria de Colón le sirva de pedestal la deshonra de mi patria."

Una particularidad tuvo esta conferencia de Vidart, y por eso me he detenido en reseñarla: diferencióse de las otras en que apasionó al público extra-ateneístico, y se habló de ella en redacciones, salones y hasta *boudoirs*.

Aun cuando Vidart no aportaba noticias recónditas, sacadas de ningún cerrado archivo, ni de ningún manuscrito amarillento y rancio; aun cuando se limitaba á coordinar y extractar textos conocidos de todos los aficionados á esa sección de nuestra historia; aun cuando su parecer difería poco del más común entre los prin-

cipales americanistas, como Jiménez de la Espada, Justo Zaragoza, Fernández Duro, y de americanos tan sabios como Peralta; aun cuando sus aseveraciones tenían por objeto vindicar á España de la fea nota de ingratitud... es tan alto y poderoso el prestigio que rodea el nombre de Colón; tan resplandeciente su gloria; tan indestructible la aureola que cerea su frente, que á estilo de reguero de pólvora cundió la indignación entre todas las clases sociales (no exagero), y se manifestó en la prensa, viva y chispeante. *El Liberal*, en uno de los *Platos del día* que firma Mariano de Cavia, acusó á Vidart de que recordaba su antigua profesión bélica, y demolía á Colón á cañonazos. En *La Época*, Peña y Goñi publicó una especie de *sueño*, la estatua de Colón, que se yergue en una plaza de Madrid, bajando de su pedestal para quejarse de la deshonra póstuma que infligen al descubridor del Nuevo Mundo... Otros muchos diarios arremetieron contra el profanador, en artículos, sueltos y gacetillas; la aristocra-

cia, en cuyas filas se cuentan varios descendientes del genovés, torció el rostro; las señoras, acostumbradas á venerar á Colón, tocaron el cielo con las manos; y —cosa más singular aún— en el seno del mismo Ateneo, la marejada subió, y no faltó quien vaticinase que si Vidart daba otra conferencia más, conocería por elocuentes indicios el desagrado del auditorio.

¿Qué necesidad hay—preguntaban—de sacar á plaza las flaquezas, los errores del genio? ¿Ha de ser el genio perfecto en todo; no ha de llevar, entre partículas de luz, motas de barro humano? ¿Conviene imitar la indecente conducta de los hijos de Noé, que descubrieron la desnudez y embriaguez de su padre?

Ciertamente el que dice *genio* no dice *perfección* ni *santidad*, y siempre me ha parecido vano el identificar ambos conceptos. Pero más los identifica quien más pretende envolver en sombras y engañosas nubes el alma del genio. Lope de Vega, nuestro soberano poeta y dramaturgo, escribió ciertas cartas de donde no sale

muy bien parada su moralidad. Trabajo costó que se publicasen; publicáronse al fin por alguien que tiró de la manta, y si no se publican, á estas horas creería medio mundo (con detrimento de la santa verdad) que Lope de Vega era un sacerdote ejemplarísimo. En Inglaterra nadie ignora que fué concusionario el canciller Bacón; ¿qué pierde, en cuanto fundador del método, por sus concusiones?

Y cuenta que los dos ejemplos que acabo de poner no tienen paridad con el suceso de Colón. Ocultos el libertinaje de Lope y las concusiones de Bacón, nadie era denigrado por su causa, mientras la errónea opinión de la impecabilidad del Almirante implica el descrédito de España, de sus reyes más ilustres, y secundariamente, el de Bobadilla, Ovando, etc. Nuestra mala reputación colonial (profundamente injusta, pues nadie, ni aun en nuestro siglo, ha podido colonizar más benigna y honradamente que nosotros en los xvi y xvii) se reforzaba con la fama del inicuo trato dado al hombre insigne

que nos brindara un Mundo Nuevo. En versos tan lindos como absurdos, Enrique Heine se queja de que la historia coloque al lado del "augusto nombre," de Colón "el nombre de bandido," de Hernán Cortés. ¡Colón fué el mártir, el filósofo, el perseguido, el héroe sublime; nosotros los facinerosos, los sanguinarios, y peor que todo eso, los DESAGRADECIDOS, los Luzbelles; el estrépito de los grillos de Colón, al entrechocarse, nos persigue como maldición eterna!

Ya que he tocado este asunto, prefiero invertir el orden y pasar sin dilación á la segunda conferencia de Vidart, corolario de la primera y encabezada con el expresivo epígrafe de *Colón y la ingratitud española*.

Haciendo frente al cuadro en que aparecía Colón sobre el puente de la carabela, rendidas las manos al peso de los grillos, fijos en el cielo los llorosos ojos, como para invocar al Dios protector de la inocencia, no faltaba quien pintase otro, acaso más triste: Colón muriendo obscu-

ramente en Valladolid, aflgida su achacosa ancianidad por la miseria y el olvido de los monarcas.—A combatir esta nueva fase de la leyenda vino la segunda conferencia de Vidart.

Empezó lamentando que cuando la leyenda colombina redonda en sonrojo y deshonor de España, se alcen ruidosas protestas contra los que, rindiendo tributo á la verdad, prueban á disiparla. “Se nos acusa, por unos de falta de patriotismo, por otros de falta de oportunidad; dicen que ahora, al celebrarse el Centenario de Colón, sólo deben oírse elogios, no censuras, del insigne navegante. La acusación de falta de patriotismo me recuerda aquel personaje de una pieza cómica, que dice:—A mí me gusta mucho que me den con la badila en los nudillos.—Parece que hay españoles á quienes les gusta que la Historia califique duramente á nuestros antepasados. En lo tocante á oportunidad, he de manifestar que, á mi juicio, lo que se conmemorará el 12 de Octubre de 1892 es el descubri-

miento de América y Oceanía, no el Centenario de Colón. Los Centenarios no deben ser la apoteosis semipagana de un hombre, que por grande que fuese, siempre estaría sujeto á lo que hoy suele llamarse *las impurezas de la realidad*.”

No sé por qué estos ataques á la leyenda evocan un detalle de mis primeros años. Recuerdo que en una habitación interior de la casa de Marineda, había ciertas litografías iluminadas, que en mi niñez miraba yo con inextinguible curiosidad. Tenían por asunto las aventuras del Almirante, y una de las que me fascinaban más era la que representaba (lo decía un rótulo al pié) *les moines de Salamanque condamnant les projets de Colomb*.—Varios frailes, ya viejos, ya mozos, pálidos, atrabiliarios, echando fuego por los ojos ó velándose la faz, rechazaban y maldecían al genovés, que de pié, grave, intrépido, despreciativo, señalaba á un mapa y á una esfera, como diciendo: “ahí está mi futura gloria.” Como yo sabía entonces menos aún que hoy, vivía muy

persuadida de que los frailes, obscurantistas al fin, habían cometido realmente tan gran picardía. ¡Cuál fué mi sorpresa al averiguar más adelante que los Dominicos de San Esteban, los inquisidores, no sólo favorecieron á Colón dándole aposento y comida y haciéndole el gasto de sus jornadas, sino que apoyando sus opiniones lograron imponerlas á los doctos!

Si protegido fué de los frailes, más lo fué de los Reyes. Cargado de distinciones y honras; nombrado Almirante, Visorrey y Gobernador de toda la tierra descubierta; elegido su hijo Don Diego paje del príncipe Don Juan, puesto que sólo ocupaban los primogénitos de la más alta nobleza; obsequiado con un vitalicio de diez mil maravedies; regalado con mil doblas de oro; autorizado para aposentar gratis, en los pueblos que atravesase, su persona y un séquito de cinco criados; titulado Capitán general de la Armada y Provisor de oficios en Indias; autorizado para sacar sin pago de derechos los bas-

timentos, merced á nadie otorgada; condecorado su hermano Don Bartolomé con la dignidad de adelantado de Indias y facultado para fundar varios mayorazgos; naturalizado en España, por singular favor, Don Diego Colón;—sin incluir en esta cuenta de gracias y favores los enormísimos estipulados antes del descubrimiento, y cumplidos hasta donde cabia en lo humano... bien puede decirse que pocos grandes hombres habrán recibido de su época tan brillante homenaje de honor y gratitud.

Probados ya los yerros y lunares de Colón como gobernante, la consideración de su gloria le sirvió de escudo, y los Reyes Católicos, con exquisita política y miramientos, no sólo trataron de desagrarle y apaciguarle á su llegada á España, sino que inmediatamente lo dedicaron á aquello para que Dios le tenía destinado en sus altos fines: á inventar tierras, con oportunidad tal, que entonces fué cuando inventó, en realidad, el continente americano.—“Afirman—dijo el

conferenciante—que al regresar Colón de su último viaje, se le dejó vivir en el abandono y casi en la pobreza, hasta que llegó la hora de su muerte, en una miserable casa de Valladolid, el jueves 20 de Mayo de 1506; día en que, sin duda por coincidencia providencial, caía en dicho año la fiesta movable de la Ascensión del Señor. Yo me propongo demostrar que en esta parte de la leyenda colombina hay una verdad y cuatro errores; porque es cierto que Colón murió en Valladolid, pero no se sabe si la morada en que espiró era miserable ó suntuosa, y se sabe que no murió abandonado, ni pobre, ni en el día de la Ascensión del Señor.,

Con datos concluyentes, á renglón seguido, prueba su afirmación el encarnizado enemigo de la leyenda colombina: Colón murió rico, y atendido, y honrado, de lo cual debemos regocijarnos los buenos españoles, porque sería bien amargo que en el apogeo de nuestro poder hubiésemos pagado con la mendicidad y el abandono la dádiva de un mundo. Vidart ter-

minó rindiendo homenaje al héroe de la leyenda. “La ciencia, el valor y la fortaleza de ánimo tejen las coronas de laurel que ciñen y ceñirán la frente del primer Almirante de las Indias, y la voz de la fama imperecedera, uniendo su nombre con el de su patria adoptiva, repite de siglo en siglo:

«Por Castilla y por León
Nuevo Mundo halló Colón.»

“Con Pinzón., me pareció oír murmurar entre dientes á Fernández Duro.—Contra los vaticinios pesimistas, el Ateneo oyó á Vidart atentamente, sin protestas, que en aquel centro científico, libre palenque de la discusión, serían tan inoportunas como extrañas; la prensa amainó, las tertulias declararon á Vidart incorregible, y como no se había de hablar siempre de lo mismo, pasóse á otras disputas.

En mi concepto, lo que dió ocasión á las acaloradas protestas fué meramente cuestión *de forma*. El público, en general,

desconoce los ápices de la historia colombiana. El organizador de las conferencias, Sr. Sánchez Moguel, dice con razón que aquí, sobre ser escasa la afición á la lectura de libros históricos, la poca que existe tocante á las cosas americanas, se alimenta generalmente de narraciones extranjeras, con especialidad de las poéticas, por lo cual bien puede asegurarse que, próximo ya el centenario, la mayoría de los españoles, ó ignora por completo la historia americana, ó la conoce sólo en relatos fabulosos, que es peor que ignorarla todavía. La repentina luz proyectada por las conferencias ha deslumbrado muchas pupilas, sobre todo cuando los que encienden esa luz no cuidan de transparentarla por delicados cristales. Vidart estuvo brusco y áspero, no es posible negarlo, olvidando tal vez la regla infalible: *Suaviter in modo, fortiter in re.*

—*—*—



EL DESASTRE ¹

ÚLTIMA NOVELA DE EMILIO ZOLA

UN fenómeno singular, y que podría explicarse recordando la conocida sentencia "los pueblos felices no tienen historia," es la riqueza literaria y pictórica que deben los franceses al *desastre* que les costó dos provincias de la frontera.

Cuadros tan admirables como *Los Últimos cartuchos*, *Salve á los vencidos*, *¡Ya vienen!*; cuentos como *La Última lección* y *El Mendrugo de pan*; libros como *Las Veladas de Medán*, *La Carnicería*, *El Calvario*, *La invasión*, *Barbaros y bandidos*, y otros infinitos que pueden citarse, diríase que habían agotado la vena militarista en el arte francés y belga; pero he aquí que faltaba todavía el gran poema sinfónico, la prolija epo-

¹ *La Débacle*, por Emilio Zola.—Un tomo. París, 1892.—La traducción literal de *débacle* es *deshielo*, pero yo juzgo más adecuada á la idea la palabra *desastre*.